

LA REEVANGELIZACIÓN DE MISIONES.

Los verbitas llegan a Misiones.

En 1892, a poco más de dos años de la llegada al país de nuestros misioneros, y apenas conocida su actividad entre los inmigrantes del Volga establecidos en las colonias de Entre Ríos, el Vicario General de la diócesis de Paraná manifestó el deseo que la Congregación del Verbo Divino se hiciera cargo de la atención espiritual del entonces Territorio Nacional de Misiones y tratara de reflotar, en un nuevo contexto, las misiones jesuíticas forzosamente abandonadas por los religiosos de San Ignacio, hacía casi ciento treinta años. La idea de trabajar entre los aborígenes –cuyo número probablemente sobreestimaban- entusiasmó a nuestros cohermanos; pero, por de pronto, tuvieron que llamarse a sosiego y postergar sus anhelos apostólicos por falta de personal.

Cuando, en 1898, Mons. Rosendo de la Lastra y Gordillo fue designado obispo de Paraná, retomó la propuesta del Vicario.¹ A fin de conseguir con más facilidad el asentimiento del superior verbita, lo invitó a que lo acompañara en su primera visita pastoral a Posadas. Ésta tuvo lugar entre el 31 de agosto y el 4 de setiembre de ese año 1898. Pese a su brevedad, fue suficiente para que, tanto el obispo como el superior religioso pudieran comprobar el desamparo espiritual en que vivía aquella gente.

A su regreso de la visita, el P. Becher informó de esta penosa situación religiosa al Fundador y le hizo presente la propuesta del obispo. El P. Arnoldo no se precipitó en la decisión. Como era su costumbre, se tomó el tiempo necesario para meditar con calma si debía aceptarse o no ese nuevo campo de actividades. Tratándose del territorio donde se habían desarrollado las antiguas reducciones jesuíticas, era de opinión que los propios jesuitas debían retomar aquella misión. A tal efecto, hizo las averiguaciones correspondientes ante los responsables de la Compañía, y sólo cuando tuvo la seguridad de que no pensaban retomar esa tarea, se avino a que la asumiera nuestra Congregación.

Becher, entre tanto, por su cuenta y riesgo, puso a disposición del obispo para Misiones, en forma provisoria, un sacerdote en la persona del P. Federico Vogt, a quien sustrajo de la mesa de redacción del semanario alemán *Argentinischer Volksfreund*, que nuestros hermanos editaban en Buenos Aires desde 1895. El misionero partió hacia Posadas en noviembre. El 28 de ese mes entrevistó a Mons. de la Lastra en Paraná, a fin de munirse de sus correspondientes credenciales de párroco y solicitar la bendición pastoral del prelado. Éste, al despedirlo, extendió paternalmente sus manos sobre la cabeza del joven misionero y exclamó: “Querido Padre, va Ud. a un pueblo totalmente desamparado; que la bendición de Dios lo acompañe.”² Tras remontar el Paraná durante varios días, arribó al puerto de Posadas el 5 de diciembre. Era poco después de mediodía. A esa hora no había transporte alguno a disposición en el puerto y el misionero se vio obligado a caminar,

¹ El mismo año del deceso del obispo Gelabert y Crespo (1897), fue desglosado de la diócesis de Paraná el territorio de la provincia de Santa Fe, que fue erigido en nuevo obispado Para el de Paraná, fue designado titular Mons. Rosendo de la Lastra y Gordillo, quien hasta entonces se había desempeñado como obispo de Miletópolis y Auxiliar de Córdoba, con residencia en La Rioja, donde ejercía como Vicario Foráneo desde 1893. En calidad de tal, ya se había dirigido al P. Becher, en 1896, a fin de solicitarle que la Congregación se hiciera cargo de la atención de Chilecito, localidad de la provincia de su jurisdicción.

² GRÜTER SVD, L. “Die ersten 25 Jahre...” Pág. 73

cargado con su bagaje, bajo el sol calcinante del trópico, hasta su futura vivienda. Era un anticipo de las incomodidades que le esperaban en su nueva albor apostólica.

El franciscano Fray Luis Bertacagni, su predecesor en el puesto, lo recibió con los brazos abiertos. Esa misma tarde confeccionaron el inventario de los bienes de la parroquia que pasarían a manos del nuevo titular, tarea que no les insumió mucho tiempo, ya que la pobreza de la iglesia y de la casa parroquial era fiel reflejo de la pobreza espiritual que reinaba en la población. Al día siguiente, Bertacagni lo presentó al gobernador Juan José Lanusse. Con la confección del mísero inventario y la presentación del nuevo párroco a las autoridades territoriales, el franciscano consideró cumplida su misión de introducir a su sucesor, de modo que, al otro día –7 de diciembre- se apresuró a embarcarse, rumbo a Corrientes. El joven verbita quedó solo como pastor de unas 30.000 almas esparcidas en otros tantos kilómetros cuadrados. Lo sobrecogía la tremenda responsabilidad que pesaba sobre sus hombros de restablecer comunidades cristianas sobre las ruinas de un pasado glorioso. Él mismo nos revela sus sentimientos en un relato donde afirma: “Debo confesar que sentía vergüenza mientras viajaba a Posadas, no a causa del Evangelio, sino a causa de mi mismo, por atreverme a trabajar en aquella ciudad... Misiones es un gran campo de ruinas. Quince de sus pueblos fueron, en otro tiempo, florecientes comunidades con templos espléndidamente ornamentados, con sólidos conventos y hospitales, con escuelas y otros edificios públicos. Aproximadamente ochenta sacerdotes jesuitas trabajaban en este territorio ricamente dotado por la naturaleza, en bien de muchos miles de habitantes, y ahora debía yo solo infundirme valor y poner manos a la obra para edificar, sobre las ruinas de una institución secular y próspera, algo nuevo con tan gran pobreza, en medio de una población indiferente cuando no incrédula, entre los nómades de la llanura y los vagabundos de la aterradora selva virgen. Yo me avergonzaba de mi osadía.”³

El entorno ambiental no era ciertamente el más propicio para levantar el ánimo del solitario misionero. La casa parroquial, que le había sido entregada sin muebles, era símbolo de la desolación interior que lo tenía devastado. Por fortuna para el sacerdote, encontró un generoso mecenas en la persona del Gobernador Lanusse. Enterado de la circunstancia que el párroco no contaba con moblaje alguno en su casa, le hizo llegar una cama, una mesa y varias sillas. No cabe duda que fue providencial para nuestro misionero que, a su llegada a Misiones, estuviera al frente del gobierno del territorio un hombre como Juan José Lanusse, católico comprometido, que se preocupaba tanto del bien espiritual de los habitantes como de su progreso material y que, en todo momento, constituyó un firme apoyo para su acción apostólica. El P: Grüter nos lo presenta así: “Nunca faltaba al Santo Sacrificio los domingos y días festivos y era uno de los pocos católicos bien ubicados en todo el territorio.”⁴

El territorio de Misiones y sus habitantes.

La provincia de Misiones se encuentra en el extremo noreste de la República Argentina, en el límite con Paraguay y Brasil. Su territorio abarca 29.822 kilómetros cuadrados, enmarcados, en su mayor parte, por los grandes ríos Paraná, Uruguay e Iguazú.

³ VOGT SVD, Federico: “Auf denkwürdigem Boden. Ein Besuch in den ehemaligen Indianerreduktionen am La Plata”, en *Steyler Herz-Jesu-Bote*. XXVIII. N° 6 (1901) Pág. 86

⁴ GRÜTER SVD, L.: “Die ersten 25 Jahre...” Pág. 74

Su clima subtropical sin estación seca, registra una temperatura media anual algo superior a los 20° C. Debe su nombre a las famosas reducciones indígenas fundadas por los jesuitas en el siglo XVII, colosal experiencia de evangelización y aculturación realizada por hombres de excepcional ingenio.

Políticamente sufrió las más variadas vicisitudes y dependencias, tanto durante el período de dominación hispánica como durante el período independiente. Objeto de las apetencias del Paraguay y del Brasil desde afuera, y de la provincia de Corrientes desde dentro del propio país, fue declarado Territorio Nacional en diciembre de 1881. Eso importaba su federalización, vale decir, que en adelante sería administrado directamente por el gobierno nacional. En un primer momento se designó como capital, a la antigua población de Corpus –una de las viejas reducciones- que pasó a llamarse *Ciudad de San Martín*. Más, pronto se vio que esta localidad no reunía las condiciones necesarias para servir de asiento a las autoridades del nuevo Territorio. Por eso, se solicitó al gobierno de la provincia de Corrientes la cesión del pueblo de Posadas, en el límite mismo con Misiones, cuya ubicación respondía mejor a las exigencias de una capital. La transferencia se efectivizó en 1884.

A todo esto, no quedaban aún definidos, en la zona noreste, los límites entre Argentina y Brasil. En la tarea demarcatoria se suscitó un litigio entre ambos países, sobre un territorio de 30.200 kilómetros cuadrados (más que la superficie actual de Misiones). El diferendo fue sometido al arbitraje del presidente de los Estados Unidos, Mr. Grover Cleveland quien, en su laudo arbitral del 5 de febrero de 1895, asignó generosamente al Brasil la totalidad del territorio en discusión. Así fue como la provincia de Misiones quedó reducida a sus actuales dimensiones.

Para completar estos datos elementales, añadiremos que en 1953, el Congreso de la Nación dictó la Ley 14.294 por la que se elevó el Territorio Nacional de Misiones al rango de una Provincia autónoma. De inmediato, una Asamblea Constituyente dio a la nueva provincia su primera constitución, de acuerdo a la cual se convocó a elecciones para instalar el primer gobierno provincial en 1954.

Con la expulsión de los jesuitas en 1767, comenzó para los pueblos de Misiones la decadencia en todos los órdenes. El desdoblamiento de su gobierno en dos aspectos, el temporal y el espiritual, permitió la intromisión de funcionarios inescrupulosos que facilitaron la descarada explotación de los indígenas, con lo que se precipitó la despoblación de las reducciones. Según un cuadro estadístico correspondiente al año 1802, quedaban por entonces todavía, en los diez pueblos guaraníes ubicados dentro del perímetro de la actual provincia de Misiones, un total de 10.483 almas.⁵ El censo oficial de 1895 indica para el mismo territorio la cifra de 33.163 habitantes.⁶ Habida cuenta de las duras luchas y repetidas invasiones que diezmaron a los guaraníes durante el período que media entre ambas fechas citadas, es evidente que del total de habitantes registrados por el censo, los indígenas eran minoría, pese a que después de las conquistas del desierto y del Chaco, fueron trasladados a Misiones fuertes contingentes de indios pampas, tobas, maticos y otras tribus de las zonas sometidas por los ejércitos de la Nación. La mayoría estaba constituida por criollos, brasileños, paraguayos y algunos europeos. Las revoluciones que estallaron en Brasil entre 1893 y 1895, provocaron un significativo éxodo de aquel país hacia Misiones.

⁵ FURLONG SJ, Guillermo: “*Misiones y sus Pueblos de Guaraníes.*” Buenos Aires. 1962. Pág. 695

⁶ Departamento de Censos y Planificaciones. Misiones.

Se trataba de una población inestable, puesto que, a los pocos años, finalizadas las luchas en su patria, la mayoría regresó a su tierra.

También parece haber servido de asilo a elementos indeseables. Así lo da a entender un testimonio del gobernador Juan J. Lanusse, quien afirmaba: “Misiones que es confin de la república en este extremo noreste y límite con el Brasil y el Paraguay, es a la vez refugio de malhechores que huyendo de esos países vecinos, como de la provincia de Corrientes, buscan abrigo e impunidad en la oscuridad de sus selvas.”⁷

Durante el gobierno de Lanusse y gracias a sus gestiones, comenzó una caudalosa corriente de inmigración europea a Misiones.

Situación religiosa.

Tras la expulsión de los jesuitas, las reducciones que habían fundado y dirigido, quedaron al cuidado de los franciscanos, dominicos y mercedarios. Pese a la buena voluntad y celo apostólico de estos religiosos, la obra de las misiones se vio sumamente afectada por varias razones. Primero, porque las órdenes mencionadas no disponían del suficiente personal idóneo para hacerse cargo de esa colosal empresa. Segundo, frecuentes roces y desavenencias entre los misioneros y los funcionarios civiles a cargo de la administración de las antiguas reducciones, trabaron el normal desenvolvimiento de la tarea apostólica. Y tercero, los religiosos sabían que su misión era transitoria. La intención del gobierno era reemplazarlos oportunamente por clérigos seculares. Pero, éstos no sentían entusiasmo por hacerse cargo de curatos con población exclusivamente indígena cuyo idioma desconocían y con remuneraciones que no siempre alcanzaban a cubrir las necesidades elementales de subsistencia. Todos estos motivos contribuyeron a que la acción pastoral en los pueblos misioneros se fuera deteriorando a la par de la decadencia material.

Al promediar el siglo XIX, ya no quedaban sacerdotes en el área que conforma la actual provincia de Misiones. Ni siquiera quedaba clara su incorporación jurídica a ninguna diócesis de la República Argentina, dado que la bula de erección de la diócesis de Paraná (1859), que abarcaba Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, no mencionaba a Misiones. Tanto era así que Mons. José María Gelabert y Crespo, segundo obispo de Paraná, se procuró, en 1883, un poder especial del Delegado Apostólico Mons. Luis Matera, para dar una base de legitimidad a su visita pastoral a aquella desamparada porción de la viña del Señor. En virtud de dicho poder, encomendó al cura de Posadas –población que entonces aún pertenecía a Corrientes- la atención del territorio de Misiones. Varios sacerdotes del clero secular se sucedieron, en pocos años, en aquel alejado paraje. Cuando al obispo ya no le quedó clero disponible para el recambio, solicitó la colaboración de los franciscanos de Corrientes. Por desgracia, su convento en esa ciudad contaba con pocos religiosos, de modo que el guardián, pese a su buena disposición, no pudo enviar a Posadas más que un solo sacerdote. Durante más de cuatro lustros no hubo otro en toda aquella extensa comarca de 30.000 kilómetros cuadrados. Próximo a finalizar el siglo, después de haber empeñado sus mejores fuerzas en esta difícil misión, los franciscanos notificaron a la autoridad diocesana que, debido a la escasez de sacerdotes, se retirarían de Posadas al expirar la centuria.

En tales condiciones, no es de sorprenderse que el panorama religioso de Misiones fuera desolador. Un misionero redentorista lo describía así: “En el aspecto religioso, reina

⁷ VOGT SVD, Federico: “*La Colonización Polaca en Misiones*” Buenos Aires. 1922. Págs. 8-9

aquí la pobreza. Un solo sacerdote, el párroco de Posadas, atiende todo el territorio. Aquí en Posadas, donde nosotros hemos predicado una misión de quince días, que hubiéramos debido extender a tres meses de haber tenido tiempo, hay entre los 4000 católicos de esta ciudad, apenas doce personas que cumplen sus deberes religiosos. Durante los días de la misión se administraron unos 200 bautismos. De los nativos que se acercaron esos días al sacramento de la penitencia, la mayoría nunca se había confesado, y los europeos lo habían hecho por última vez al abandonar Europa.”⁸ Posadas, como ciudad cabecera, asiento de la administración territorial y centro comercial, vivía un ambiente de indiferencia religiosa. En ocasiones esta indiferencia se convertía en hostilidad por obra de la masonería que desarrollaba una intensa actividad a través de la logia *Roque Pérez*, fundada nada menos que por el primer Gobernador del Territorio, Rudecindo Roca, hermano del entonces Presidente de la Nación, Gral. Julio A. Roca. El P. Vogt, en un artículo publicado en 1901 nos informa: “Durante el viaje, en todas partes se compadecían de mí por tener que ir a Posadas, pues en ninguna parte la masonería era más poderosa que precisamente allí. Y pronto lo pude constatar. Casi todo el mundo, en Posadas, pertenece a la logia Roque Pérez.”⁹

En los pueblos del interior, en general, se encontraba más fe. El elemento criollo predominante en estas comunidades, así como también lo eventuales inmigrantes paraguayos y brasileños, se hallaban exentos del liberalismo positivista de las clases ilustradas y conservaban, pese a la falta de pastores, sus creencias y tradiciones, aunque se trataba de una fe elemental y rudimentaria, con una significativa dosis de superstición. El indiferentismo era suplantado aquí por la ignorancia religiosa, fruto de la prolongada ausencia de sacerdotes. “A los nativos no se les puede atribuir en esto la culpa principal – escribía el P. Vogt-. Incluso, causa asombro que las verdades religiosas fundamentales se mantengan tan arraigadas entre la gente. Así, existe una conciencia bastante generalizada que el bautismo es indispensable al hombre. De ahí que se traiga a bautizar a los niños desde muchos kilómetros de distancia y no se arredren ante un viaje de cinco o seis días en carreta. Si no es posible llevarlos a bautizar durante el primer año de vida, les dan el agua de socorro, para cuya administración se encuentra en todas partes gente preparada. En la población de Misiones existe todavía un buen fondo de religiosidad y de fe.”¹⁰

Una situación parecida se daba entre los aborígenes, descendientes de los indios de las reducciones. Perduraban en ellos los fundamentos de la fe y de las prácticas religiosas que sus mayores habían aprendido de los misioneros jesuitas en aquella maravillosa experiencia. El canónigo Juan Mastai Ferretti, más tarde Pío IX, escribía asombrado en mayo de 1825 al Secretario de Estado de Su Santidad, que a su paso por el Plata se había enterado del “empeño que tenían por conservar las prácticas que los Padres Jesuitas les habían enseñado, tantos años hacía, a sus padres”; de que “cada familia tiene en su casa un lugar para oratorio, donde cada tarde reza el rosario, el catecismo y otras oraciones”, y de cómo eran capaces de cantar una misa de requiem en canto gregoriano.¹¹ Si bien es cierto que el testimonio del canónigo se refiere a un grupo de indígenas establecidos en una población de la actual República Oriental del Uruguay –Durazno-, no creemos que sus prácticas hayan diferido mucho de las que perduraban entre sus hermanos de raza en tierra

⁸ GRÜTER SVD, L.: “*Die ersten 25 Jahre...*” Pág. 72

⁹ VOGT SVD, F.: “*Auf denkwürdigem Boden...*” Pág. 86

¹⁰ VOGT SVD, F. Cit. por Grüter en “*Die ersten 25 Jahre...*” Pág. 75

¹¹ FURLONG SJ, G.: “*Misiones y sus Pueblos de Guaraníes*” Pág. 708

argentina. El P. Vogt al hacer alusión a la costumbre muy difundida en Misiones de pedir la bendición del sacerdote, destaca expresamente que dicha “costumbre seguramente provenía de los tiempos en que los jesuitas desarrollaban en Misiones su fructífera actividad”.¹²

La inmigración polaca y ucraniana.

Ya hemos dicho que durante el gobierno de Lanusse y casi concomitantemente con la llegada de la SVD a Misiones, comenzó un notable flujo inmigratorio a ese territorio, procedente de Europa, en especial de Polonia y Ucrania.

Ante el retiro de gran número de brasileños, al que ya nos hemos referido, el mandatario no desperdició la oportunidad que le brindaban desde Buenos Aires para llevar a su territorio inmigrantes de ultramar. En efecto, en agosto de 1897, se hallaba en el Hotel de Inmigrantes de la Capital federal, un grupo de catorce familias recién llegadas de la región de Galitzia, en la actual Polonia. Como ya en ocasiones anteriores la Dirección Nacional de Inmigración había enviado a distintas provincias familias de la misma nacionalidad, que poco después regresaron a Buenos Aires desalentadas y sin dinero, el Director del citado organismo, Juan R. Alsina, se dirigió al Gobernador Lanusse, con la propuesta de enviarlos a Misiones. Su propuesta fue aceptada. En uno de sus informes, el propio gobernador nos refiere de esta manera las gestiones que dieron por resultado el establecimiento de aquellos inmigrantes polacos en la localidad de Apóstoles. “Reuní – escribe- la comisión auxiliar de inmigración que recién se había instalado en Posadas y expuse a sus miembros que, a mi juicio, de cualquier nacionalidad que fuesen los inmigrantes, convenía aceptarlos para tratar de modificar el carácter y las costumbres holgazanas de la gran mayoría de los habitantes de la región. Se contestó al señor Alsina que podía enviar esas familias y que serían bienvenidas. Llegaron pocos días después y, vista la indiferencia con que los dueños de campo las miraron y la imposibilidad de situarlas en los alrededores de Posadas, determiné enviarlas a la colonia Apóstoles, a diez y seis leguas de la capital, no porque estimase que esa era la localidad más adecuada; sino porque en ella se encontraba ejerciendo las funciones de juez de paz, uno de los pocos hombres en quienes podía confiar para que las atendiese y ayudase en el difícil comienzo de su instalación.”¹³

A fines del año siguiente, los colonos polacos en Apóstoles ya sumaban 250. Las primeras cosechas obtenidas los dejaron satisfechos. El optimismo que a raíz de ello volcaron en su correspondencia con los familiares y amigos de la lejana patria, provocaron entre sus connacionales un notable entusiasmo por emigrar a esa tierra generosa cuyas autoridades los recibían complacidos. Fue así como en 1899, el Gobernador del territorio recibió del Director de Inmigraciones en Buenos Aires, un telegrama mediante el cual le notificaba el desembarco de 1600 inmigrantes polacos y ucranianos, listos para dirigirse a la colonia de Apóstoles. Grandes fueron los apuros del mandatario territorial y del administrador de la colonia para ubicar convenientemente a tanta gente llegada en forma imprevista. Pero, todo pudo solucionarse, gracias al empeño de las autoridades y a la buena voluntad y solidaridad de los colonos ya instalados anteriormente. Nuevos y gruesos contingentes llegados en los años siguientes, obligaron a ampliar la colonia en todas

¹² VOGT SVD, F.: “*Auf denkwürdigem Boden...*” Pág. 97

¹³ VOGT SVD, F.: “*la Colonización Polaca...*” Págs. 8-9

direcciones. Cada familia recibía dos chacras de 25 hectáreas cada una, destinada a los cultivos una, y la otra a la cría de ganado. Las familias más numerosas recibían 75 hectáreas, y algunas hasta cien.

En previsión del arribo de nuevos inmigrantes, se dispuso la mensura de una superficie de 21.000 hectáreas, a unos veinte kilómetros al sur de Apóstoles, hacia el río Uruguay, con el propósito de fundar allí otra colonia. Ésta, que por decreto del Ministerio de Agricultura, fue denominada *Félix de Azara*, recibió el primer contingente de colonos en agosto de 1902. Un año después, ya no quedaban lotes disponibles en Azara, circunstancia que se dio a publicidad en la prensa de Galitzia, a fin de poner sobre aviso a quienes tuvieran intención de hacerse a la mar para trasladarse a nuestro país en busca de un futuro más promisorio.

Durante el gobierno de J. J. Lanusse (1895-1905), la inmigración polaca fue de tal magnitud que llegaron a constituir el 7% de la población total de Misiones. Ella marcó el inicio de una amplia colonización del territorio misionense por inmigrantes de diversas nacionalidades europeas, sobre todo de los pueblos nórdicos: alemanes y suizo-alemanes que se establecieron en Bompland, Puerto Bemberg y Puerto Rico; suizo-franceses en Santo Pipó; suecos, noruegos y finlandeses, en Oberá y Picada Sueca. Misiones se convirtió, con el tiempo, más que ninguna otra provincia o territorio argentino, en un verdadero mosaico de nacionalidades.

Los inmigrantes polacos y ucranianos llegados a fines del siglo XIX y primeros años del XX, que se establecieron en Apóstoles y Azara, eran católicos de firmes convicciones y acostumbrados a la práctica regular de sus obligaciones religiosas. En parte pertenecían al rito romano y, en parte, al ucraniano o ruteno, pero su denominador común lo constituía una profunda fe. “Si la colonización de Apóstoles y Azara dio el feliz resultado que está al vista de todos, se debe esto en primera línea al espíritu que animaba a los colonos, que eminentemente religiosos, se dejaban llevar por la esperanza en un mejor futuro, sobrellevando mientras tanto, con cristiana abnegación y mortificación los pequeños y grandes sacrificios que les imponían las circunstancias. Su resignación no era el fatalismo inevitable de los descreídos, sino la consecuencia de su confianza en aquella Providencia que dirige todo y que a nadie olvida: temperamento tan edificante como admirable en los sencillos moradores de Apóstoles, que sirvió más de una vez de ejemplo a los que visitaban a aquellas comarcas.”¹⁴

La SVD asume la atención pastoral de Misiones.

Cuando el P. Vogt, a su paso hacia Misiones, se presentó a Mons. de la Lastra, éste expidió a su favor el siguiente documento: “ Por las siguientes letras nombramos cura y vicario interino de San José de Posadas en el territorio Nacional de Misiones, jurisdicción de nuestro obispado, al Rdo. P. D. Federico Vogt sacerdote de la Congregación del Verbo Divino, con todas las facultades y prerrogativas que comprenden a este oficio; y además con las de vicario nuestro en el mencionado Territorio. En su virtud el mencionado recibirá la Parroquia con el archivo y sus pertenencias, del actual cura y vicario Rdo. P. Fray Bertacagni, bajo inventario, dando cuenta a Nos cuando lo verificare.”¹⁵

¹⁴ VOGT SVD, F.: “*La Colonización Polaca*”. Pág. 33

¹⁵ ARCH. PORV. SVD – Arg. Sur. R. Calzada. Documento expedido el 28 de noviembre de 1898.

Apenas diez días después, el obispo, sin que mediara una aceptación formal de parte de la Congregación de aquel extenso y difícil campo misional, expidió el siguiente auto con fecha 8 de diciembre: “Deseando Nos proveer a las espirituales necesidades de nuestros fieles del Territorio Nacional de Misiones; y confiando en el celo, virtud, ciencia y prudencia y demás buenas cualidades, que adornan a los miembros de la Congregación Religiosa titulada del Verbo Divino, hemos resuelto confiar a la misma el servicio religioso de todo el Territorio Nacional de Misiones que pertenece a la jurisdicción de nuestro Obispado. Comuníquese esta resolución al Reverendo Padre Superior Don Miguel Colling, a fin de que nos provea de los sujetos necesarios para la instalación de la Congregación en Posadas, capital del Territorio mencionado, de conformidad a lo convenido verbalmente con Nos.”¹⁶

Dos semanas después, en vísperas de Navidad, Mons. de la Lastra, apoyándose curiosamente en este mismo auto, reclamaba al superior verbita el envío de un sacerdote de lengua polaca para la atención de la colonia de Apóstoles. “El Excmo. Sr. Gobernador del territorio de Misiones me insta porque sea enviado a la Colonia Apóstoles un sacerdote que hable polaco. Como actualmente hemos confiado la administración espiritual de ese territorio a la Congregación del Verbo Divino de la que V.P. es Superior en esta provincia, me dirijo a V. P. para preguntarle cuándo vendrá el Padre de esa Congregación que hable el idioma de los colonos de Apóstoles.”¹⁷

A la par de estas solicitudes, el obispo insistía también en que la Congregación tomara a su cargo la dirección del seminario diocesano. La correspondencia de aquellos meses de fines de 1898 y comienzos del 99, delata la ansiedad de monseñor por obtener la colaboración de nuestros misioneros; pero, no resultaba fácil complacerlo, tanto por la envergadura de los trabajos propuestos como por la escasez de personal. El P. Fundador escribía a Colling, en marzo de 1899 que, a su criterio, “le sería imposible aceptar simultáneamente el seminario y el distrito, y que el Rvdmo. Sr. Obispo de Paraná tampoco podía, razonablemente, exigir ambos trabajos a la vez”.¹⁸ Ambas eran, ciertamente, cuestiones que tenían preocupadísimo al obispo y para las cuales urgía hallar solución. Por fin, ante la insistencia del prelado y la buena voluntad el Fundador, éste le comunicó telegráficamente al P. Colling el 9 de febrero de 1899: “Auxiliare provisorie. Scribam. Janssen.”¹⁹ Y casi un mes después, le notificaba: “Sobre el traspaso del distrito de Misiones hay ya una carta en camino, en Alemania y Austria, en manos de los Consejeros Generales y de allí a Ud. cuando la mayoría dé su consentimiento. Yo entre tanto, me he convencido que los jesuitas renuncian a esa misión.”²⁰ Esto último había sido una de las cuestiones que el P. Arnoldo quería aclarar antes de tomar una decisión. Consideraba que los jesuitas eran los *llamados* naturales o históricos a reflatar aquella misión que un día se habían visto forzados a abandonar. Varias entrevistas con los responsables de la Compañía le dieron la certeza que los jesuitas no opinaban de la misma manera ni pensaban retomar aquella misión.

¹⁶ Ibidem. Legajo “Paraná 1892-1932” Auto de Mons. de la Lastra del 8 de diciembre de 1898.

¹⁷ Ibidem.

¹⁸ ALT SVD, J.: “*Cartas de Arnoldo Janssen...*” T. I Pág. 297.

¹⁹ Ibidem.

²⁰ Idem. Pág. 300

Primeras actividades.

Entre consultas y entrevistas, entre idas y venidas, carta va y carta viene, se pasaron meses sin que hubiera una definición y el P. Vogt seguía solo en aquel selvático territorio. Un año entero se prolongó su soledad. Esta circunstancia limitó su acción pastoral a Posadas y las poblaciones vecinas, con alguna esporádica incursión a localidades más alejadas de su extensa parroquia-distrito. En un relato al que ya hemos aludido en párrafos anteriores, el misionero nos refiere su primera visita a Candelaria, una de las antiguas reducciones jesuíticas, ubicada a 36 kilómetros al este de la ciudad capital. Había sido invitado a celebrar los oficios religiosos con motivo de las fiesta patronales, el 2 de febrero. Importa destacar en esa narración ciertos pormenores que nos descubren las penurias, los sacrificios y los riesgos que implicaban estos viajes apostólicos; carencias y privaciones que serán, a lo largo de los años, un ingrediente común en la vida de estos abnegados hermanos nuestros que recorrieron el territorio de Misiones anunciando el evangelio y tratando de afianzar el Reino de Dios en aquella tierra.

Refiere el P. Vogt que celebró misa en Posadas, temprano, e inmediatamente se puso en camino para arribar a Candelaria antes de mediodía, pues debe recordarse que no estaban permitidas las misas vespertinas. El viaje lo hacía a caballo, acompañado de un guía. Tuvieron que atravesar dos ríos que venían bastante crecidos por la fuerte lluvia de la noche anterior. El agua llegaba a los animales hasta el cuello y a los jinetes hasta por encima de las rodillas. Llegaron a destino hacia mediodía, según lo previsto. “Al celebrar la Santa Misa –dice textualmente el misionero-, apenas podía mantenerme en pie. La cabalgata en ayunas, me había dejado exhausto”.²¹ Los medios con que contamos actualmente para cumplir con nuestra labor evangelizadora, apenas permiten hacernos una idea de las duras condiciones en que tuvieron que desarrollarlas aquellos pioneros. Basta imaginarnos lo que debió significar aquella cabalgata de varias horas para un hombre que hasta hacía poco se hallaba sentado a una mesa de redacción, y más cuando debía realizarla, como él mismo lo destaca, con el estómago vacío, en virtud de la disposición del riguroso ayuno eucarístico que aún regía. El caballo era, prácticamente, el único medio de movilidad en esa tierra donde no existían caminos que comunicaran entre sí las distintas poblaciones. Tan sólo se contaba con senderos abiertos por los lugareños a golpe de machete, conocidos con el nombre de *picadas*, y que, si no eran muy frecuentadas, volvían a cerrarse por el rápido avance de la exuberante vegetación subtropical. Tampoco existían puentes sobre los numerosos ríos y arroyos, de manera que se estaba forzado a cruzarlos en la forma descrita.

Por fin, en diciembre de 1899, llegaron los primeros ayudantes para el solitario misionero. Ellos fueron: el P. Antonio Pilk y el Hno. Casimiro Handke. Éstos se establecieron en Apóstoles. Los piadosos colonos polacos y ucranianos no habían cejado en sus gestiones por obtener un sacerdote conocedor de su lengua. Con el propósito de satisfacer su demanda, los salesianos habían enviado temporariamente al P. Estanislao Cynalewski, a quien sus superiores ordenaron retornar a su comunidad a fines de 1899. Fue entonces cuando el P. Colling decidió enviar a esa colonia al P. Antonio Pilk, quien poseía algún conocimiento rudimentario del polaco, tanto como para poder cumplir sus elementales funciones ministeriales. Con el propósito de generar una comunicación más fluida con los fieles, se le adjuntó al Hno. Casimiro, quien hablaba corrientemente el polaco.

²¹ VOGT SVD, F.: “*Auf denkwürdigem Boden...*” Pág. 86

El traslado del P. Pilk a Apóstoles, nos descubre las dificultades que hallaba el superior para dar con los hombres adecuados a los distintos compromisos que se habían asumido. Aquel había llegado al país en setiembre de 1898 y desde esa fecha hasta su destinación a Misiones, ya había actuado en la parroquia de Esperanza, en el colegio San José y en el seminario de Paraná. La frecuencia de los cambios de personal obedecía, sin duda, a la perentoria necesidad de atender diversas y exigentes demandas con un plantel muy reducido de misioneros. Por esa misma razón, la permanencia del P. Pilk en Apóstoles también se limitó a unos pocos meses, pues en cuanto llegó de Europa un sacerdote con dominio del polaco, éste fue destinado inmediatamente a suplantarlo. El neomisionero fue el P. Uladislao Reinke, más conocido como Uladislao Zakzrewski, quien se hizo cargo de la colonia el 11 de abril de 1900, mientras su predecesor se instalaba en Concepción de la Sierra, a orillas del río Uruguay, considerada la segunda población en importancia del territorio misionense. De esta manera, ya eran tres las localidades que contaban con un sacerdote estable.

Pasaron dos años más hasta que otro misionero verbita se agregó a estos pioneros que desarrollaban su actividad en Misiones. Fue el P. Cristóbal Goetz, quien quedó en Posadas, junto al P. Vogt, en calidad de vicario cooperador.

El informe del Visitador General.

En octubre de 1902, llegó a aquellas apartadas tierras, en carácter de Visitador General, el P. Juan Bodems. Eran cinco los verbitas que por esos días se esmeraban en instaurar el Reino de Dios en la *Tierra Colorada*: cuatro sacerdotes y un Hermano (Vogt, Pilk, Reinke, Goetz y Casimiro). En su muy detallado informe elevado al Generalato, el Visitador nos proporciona datos valiosos y nos revela los entretelones de la actividad misionera de nuestros hermanos, en la que, como en todas las obras humanas, se entremezclan luces y sombras.

Bodems prevé que Posadas será, con el andar del tiempo, uno de los campos de actividad más importantes de la SVD en Argentina, juicio que luego hace extensivo a todo el territorio de Misiones. Hacia el final de su relato sobre el distrito, estampa esta curiosa afirmación: “Con la conversión de los indígenas que viven de a miles en el Paraguay, Misiones y Paraná (Brasil), tendríamos aquí una misión que se extendería por tres países, lo que en caso de una persecución a los religiosos en uno u otro de los mismos, sería de gran utilidad.”²²

Sus referencias a la vida y personalidad de los hermanos que trabajaban en aquel lugar, nos permiten acercarnos a la intimidad de su vida como religiosos y de su acción misionera. Es así como descubrimos su grandeza y sus falencias, sus virtudes y sus defectos, elementos que siempre se entremezclan en la construcción del Reino. Consideraba, por ejemplo, que el P. Vogt era la persona indicada para iniciar nuestra labor misionera en Posadas. “Por su calidad de sacerdote ilustrado, sobrio, devoto y de moral intachable, seguramente tiene gran mérito en el prestigio que adquirió el sacerdocio entre la gente poco religiosa.” Empero, de inmediato señala la otra faz, consignando que el fuerte del P. Federico no era el trabajo pastoral. “Predicar y oír confesiones son, según me lo manifestó él mismo y como también me lo dijeron otros, sus mayores sacrificios. Sus

²² ARCH. DEL GENERALATO SVD. Roma. “Informe de la Visita General” 10.774 b.

homilias son realmente pobres y, además, habla mal y defectuosamente el castellano; pero, escribe bien.”²³ Por supuesto, escribe bien en alemán. “Tampoco sabe ganarse el cariño de la gente, ni de los niños ni de los adultos; es demasiado frío, demasiado insensible y seco. Él mismo confiesa que no sirve para la pastoral. Pese a ello, no desea salir de Posadas.”²⁴ Destaca que posee muy buenas cualidades para la redacción y que, a su juicio, debería volver a la administración o dirección de la imprenta. Su carácter duro también resultaba un obstáculo para la convivencia con sus cohermanos. El Visitador anota: “Apenas habrá un sacerdote en la misión que se entienda con él.”²⁵

Describe también el cuadro bastante deprimente que presentaba Concepción de la Sierra, donde trabajaba solo el P. Pilk. Afirma que Concepción es, religiosamente, aún más fría que Posadas. Estima que difícilmente otro sacerdote soportaría trabajar solo en medio de esa “gente glacial”²⁶ En cambio, el P. Pilk “ama la soledad y no siente la falta de compañía”. Más adelante, el P. Bodems reconoce que ese amor a la soledad no es tan laudable, pues nace de su carácter retraído y de su dificultad para relacionarse. “Es demasiado seco –acota-, y no busca vincularse con la gente. También parece tener principios morales demasiado rígidos para un pueblo de nivel tan bajo, por lo que ya ha provocado varios enfrentamientos.” La descripción de la capilla nos deja entrever la extrema pobreza material de aquellos difíciles comienzos: “Un miserable local descubierto, con tres ventanas sin vidrios, indigno para morada de Dios y como lugar para el Santo Sacrificio.” Por suerte, constata que ya se ha colocado la piedra fundamental de una nueva capilla, porque “la vieja casa de Dios resulta tan indecorosa y desagradable que se me ocurrió pensar que, en esas condiciones, apenas se podía exigir a los fieles la asistencia al culto divino. En realidad el P. Pilk casi puede contar con los dedos de la mano los feligreses que frecuentan regularmente la iglesia.”²⁷ No se le escapaba al Visitador que sería una tarea muy ardua allegar los medios para la construcción. Efectivamente, ante el panorama que nos traza, cabe preguntarse ¿cómo y de dónde pensaba el buen misionero obtener los fondos para la edificación de la nueva capilla? Es más, desde el plano económico se nos ocurre plantearnos otra cuestión: ¿cómo se mantenía el misionero en aquel puesto? No lo sabemos en concreto, pero seguramente a fuerza de una gran abnegación y de una experiencia muy real de la pobreza, que se contentaba con lo mínimo para su subsistencia personal. Todavía más de diez años después, como se verá más adelante, fracasó el intento de poner allí un sacerdote del clero diocesano, precisamente por la imposibilidad de poderse mantener. De paso diremos que, pese a todo, la capilla se construyó, aunque en su mayor parte fue obra del sucesor de Pilk, el P. Gerardo Wöste, quien llegó a Concepción a fines de 1913 y pudo bendecir e inaugurar la nueva capilla en 1906.

El P. Reinke Zakzrewski y el Hno. Casimiro, quienes trabajaban en Apóstoles, también “vivían en apostólica pobreza”, según el Visitador. Su casa era un rancho de paja y barro. Y pese a que la población era muy numerosa y religiosamente mucho más fervorosa

²³ Ibidem. 10.759 b – 10.760.

²⁴ Ibidem. 10.760.

²⁵ Ibidem. 10.760.

²⁶ La opinión de Bodems sobre la feligresía de Cocepción coincide con la del obispo de la Lastra quien, en carta del 18 de setiembre de 1903, escribía al P. Colling: “Pero, en obsequio a la verdad, es necesario reconocer que el P. Antonio ha estado actuando en medio de una feligresía mal dispuesta y que su ministerio ha estado lleno de amarguras y desencantos a causa del espíritu poco dócil de esas gentes.” ARCHIVO PROVINCIAL SVD - Arg. Sur. R. Calzada. Legajo “Paraná 1892-1938” .

²⁷ ARCH. DEL GENERALATO SVD. Roma. “Informe de la Visita General.” 10.767 – 10.769.

que la de Concepción, sin embargo, parece que no se hallaba en condiciones de mantener a sus pastores por la extrema pobreza que afectaba a la colonia. Bodems recoge el testimonio de algunos colonos que le manifestaron que “en Apóstoles había más pobreza que en Galitzia y que pensaban regresar en cuanto pudiesen”.²⁸ El gobernador, en cambio, le manifestó que no era a causa de la estrechez económica que los fieles se negaban a contribuir al sostenimiento de los misioneros, sino porque no simpatizaban con el P. Zakzrewski. Para calibrar debidamente esta opinión, no debe olvidarse que el gobernador era el fundador de la colonia de Apóstoles y, por lo tanto, interesado en ponderar la prosperidad de la misma y ocultar cualquier manifestación de pobreza en ella. De todas maneras, nos quedamos con la duda, como se quedó con la duda el propio Visitador, según puede deducirse de la siguiente expresión: “Lamentablemente los polacos son, por el momento, todavía tan pobres que ni siquiera pueden mantener al P. Reinke, o quizás no quieran mantenerlo.”²⁹ En otro orden de cosas nos enteramos que ambos verbitas de Apóstoles no se cuidaban mucho de ajustar su actividad a esquemas y horarios, lo que inquietó al puntilloso Visitador que terminó por confeccionarles un detallado horario diurno al que debían atenerse estrictamente.³⁰

²⁸ Ibidem. 10.773.

²⁹ Ibidem. 10.772.

³⁰ Ibidem. 10.771 b.